



nueva Iglesia. Pero consiguió lo mismo que tantos otros reformadores desdichados; jamás llegó á determinar bien claramente los principios de su reforma, y refutó sucesivamente muchos de los dogmas que antes habia defendido, como la divinidad de Jesucristo, etc. Su principal reforma, si puede darse este nombre á un sistema anticristiano del más mezquino racionalismo, consistió en servirse en liturgia de la lengua francesa. Predicaba sobre los asuntos ménos religiosos, mezclando la política con el dogma, lo blasfemo con lo ridículo, anunciando un día, por ejemplo, que hablaría de la dignidad de las mujeres, y que despues del sermón distribuiría ramilletes á todas las señoras; otro día, que el oficio sería en honor de Napoleón, á quien colocaba entre los Santos de su nuevo calendario, y enseñando en su catecismo o que la muerte de Cristo no es sublime, sino porque fué un martir de la verdad, muerto en defensa de la ley natural, que comprende todas las religiones. La influencia del abate Chatel fué siempre muy limitada, y al poco tiempo nada quedó ya de una secta cuyo pretendido templo fué cerrado por orden del Gobierno, en 1842. Uno de sus principales adictos, el abate Auzou, se reconcilió con la Iglesia, y suplicó que imitaran su ejemplo aquellos á quien él hubiere extraviado. Los templarios que, lo mismo que Chatel, habian creído que la revolucion de Julio era una época propicia para mostrarse públicamente, desaparecieron, como la Iglesia francesa, despues de haber excitado más curiosidad que interés.

Advertido de un lado el gobierno de Julio por estos síntomas alarmantes, y de otro obrando quizás en el interés de su existencia y de su consolidacion, se fué acercando á la Iglesia católica, y dirigió principalmente su solicitud hácia la instruccion popular, á la cual se estaba consagrando el clero con celo y actividad, y en la que se distinguían particularmente los hermanos de las Escuelas cristianas y los de San José. Poco á poco se fué acercando también el clero al gobierno, convencido de que Luis Felipe quería realmente apoyar su trono en la religion.

En esta época tuvo el clero la discrecion de

abstenerse de las cosas políticas, de no mezclarse en ninguna discusión grave, y de consagrar toda su actividad y todas sus fuerzas á los deberes de su augusto ministerio. Lástima que una gran parte del clero francés carezca todavía de la cultura científica que le es necesaria para obrar eficazmente sobre los ánimos, circunstancia que por otra parte se explica muy naturalmente: los eclesiásticos formados despues de la restauracion del culto y durante los largos años de las guerras del imperio, no pudieron recibir sino la preparacion más indispensable; tan grande era la penuria de sacerdotes en la Iglesia. El clero jóven recibe una educacion más metódica, pero inferior todavía á lo que debiera ser, para poder dirigir el desarrollo intelectual del partido liberal. Por lo demás, el clero suple casi generalmente con un celo sincero, severas costumbres y una elevada dignidad moral, lo que le falta bajo el punto de vista de la instruccion. Sus enemigos no han podido hacer sospechosa su moralidad, que es tanto más segura, atendiendo á que las faltas de los ministros de la Iglesia no dejarían de ser puestas en evidencia por la atenta emulacion del público. Si, como por ejemplo, la denegacion de sepultura eclesiástica á los que, como el abate Gregoire y Mr. de Montlosier, no quisieron, ni aun en el artículo de la muerte, reconciliarse con la Iglesia; si esta denegacion ha sido discutida tan calorosamente en los periódicos de la Francia y del extranjero, ¿no debe inferirse de aquí que si existieran actos inmorales cometidos por individuos del clero serian desde luego publicados y exagerados por esos mismos periódicos? Por su parte el episcopado francés, tan digno y tan notable, está haciendo grandes esfuerzos para conservar la moralidad necesaria á la vocacion del sacerdote, por medio de retiros anuales y piadosos ejercicios. Lo más plausible de todo es, que el jansenismo y el galicanismo, que en otro tiempo tenían dividido al clero francés, han desaparecido casi enteramente, y que, con respecto al segundo, el gobierno está favoreciendo todo lo que pueda conducir á una reconciliacion cada vez más íntima con la Santa Sede. Trabajase igualmente, y por diferentes medios, en desen-



volver la cultura intelectual del clero. Por un lado MM. Didot, Gaume, Caillou, Migne, etc., están publicando, con excelentes condiciones, nuevas ediciones de los Padres de la Iglesia y de los principales comentadores católicos de la Escritura, á fin de aficionar á los eclesiásticos al estudio de los Padres y de la Biblia, y por otro, hombres como MM. Gerbet, Bautain, de Montalembert, Lacordaire, Rio, Marcel de Serres, Blanc Saint-Bonnet, Debreyne, Siguier, Donney, Rohrbacher, Glaire, Gousset, etc., procuran dar á la teología una tendencia más especulativa y más profunda.

Aun cuando todos estos autores estén animados de las más puras y santas intenciones, á algunos de ellos les cuesta trabajo todavía despojarse completamente de sus precedentes errores. «*L'Ami de la religion*,» periódico religioso redactado por Mr. Picot (m. 1840), *l'Université catholique*, *l'Union catholique*, *l'Univers*, etc., ejercen una activa y feliz influencia sobre el clero. Gracias á todos estos esfuerzos, el espíritu religioso hizo notables progresos despues de la revolucion de 1830, á pesar de los odiosos atentados que, con frecuencia, amenazaron el orden temporal y el espiritual á la vez. En Paris es muy marcado el retorno hacia las cosas religiosas: las Iglesias se ven muy concurridas, y en adviento y cuaresma se predica en medio de innumerable multitud. La misma academia francesa deja oír de cuando en cuando palabras sinceramente cristianas; hace poco, influyentes hombres de Estado, como MM. Molé, Dupin, Pasquier y otros no se han desdeñado de proclamar en ella públicamente y con calor sus convicciones religiosas. Puede esperarse, por consiguiente, que las representaciones y reclamaciones de los obispos, relativas á la importante cuestion de la libertad de enseñanza, serán acogidas con el favor que merecen, sostenidas como se hallan, en la cámara de los pares, por hombres de convicciones y elocuencia como Montalembert; y en la prensa, por escritores tales como MM. Lenormant, Foisset, de Champagny, de Falloux, redactores del *Correspondant*, Jourdain, autor del «libro de los pueblos y de los reyes.» Estos sentimientos de fé se alimentan y vivifican con

la palabra de predicadores tan aplaudidos y escuchados como los PP. de Ravignan y Lacordaire, y el abate Bautain; con la frecuente y esmerada reimpresion de la escritura santa, de la imitacion y de libros de oraciones, y con las nuevas ediciones de las obras de Bossuet, Fenelon, Massillon, Bourdaloue, etc. Manifiéstase, además, en el vivo y perseverante interés que se toman los fieles por las misiones extranjeras, á las cuales contribuye la Francia más que todas las naciones cristianas juntas, en la multitud de asociaciones de beneficencia que se han formado, como la de San Francisco Regis, la de San Vicente de Paul, las escuelas llamadas del Domingo para los trabajadores; y en el amor y admiracion con que todo el mundo mira á las Hermanas de la Caridad, encargadas de la asistencia de casi todos los hospitales, casas centrales de correccion, detencion, etc., (Reglamento ministerial del 22 de Mayo de 1841); por fin, en las medidas más eficaces tomadas para acudir á las necesidades religiosas de los soldados, sobre todo en las colonias, y en la ereccion, tan importante para el porvenir, del obispado de Argel, confiado al celo de Mr. Dupuch.

La revolucion de 1830, que removió tantas pasiones, intereses, ambiciones y sectas diversas, animó también á los sansimonianos á reunirse en un cuerpo de sociedad que, aunque duró poco, excitó por algun tiempo la atencion pública. Enrique de Saint-Simon, jefe del sansimonianismo, nació en 1760, de noble y antigua familia, fué educado en los principios de la filosofía del siglo XVIII, se distinguió en América, á las órdenes de Washington y de Bouillé, en la guerra de la Independencia, y abandonando luego la carrera militar, se dedicó al estudio de la política y de la administracion de las nuevas repúblicas americanas. Á su vuelta halló la Francia en gran fermentacion, pero no tomó ninguna parte exterior en la revolucion, cuyo espíritu y objeto por otra parte aprobaba, esperando que sería la era de una regeneracion, no solamente política sino moral y religiosa.

Para fomentar y acelerar el movimiento, concibió el proyecto de reorganizar las cien-



cias y el orden social; se alió con los sabios más eminentes y los profesores de la escuela politécnica, artistas y filólogos; viajó por Inglaterra, Suecia y Alemania, y en tiempo del imperio, con motivo de una cuestión puesta á concurso por Napoleon, publicó su *Introducción* y otras obras que gustaron muy poco.

Todos sus planes fracasaron; se arruinó, y quedó en la miseria, intentó suicidarse, y dos años despues murió en los brazos de algunos discípulos (29 de Mayo de 1825). Saint-Simon pretendia que el Cristianismo es una religion molesta; que el principio: *Dad al César lo que es del César*, divide la humanidad en dos clases desiguales, y, por consiguiente, reparte con desigualdad [la dicha y las] penas entre los hombres. Ese contraste, dice, entre la vida alide y real de los hombres, esa oposicion entre el mundo de acá y la esfera del otro lado de la tumba; contraste y oposicion que los inmensos esfuerzos de la industria moderna hacen más palpables todavía, convierten la tierra en un verdadero valle de dolores y lágrimas.

De aquí deduce que el Cristianismo ha acabado ya su mision, y debe ceder el lugar á otro poder y una sabiduría nueva, capaces de poner término á ese contraste y de procurar á los hombres un bienestar real, no solamente en la vida futura, como promete el Evangelio, sino en esta misma vida, segun reclama el corazon del hombre. Aboliendo y destruyendo el catolicismo y por consiguiente al cristianismo, el Protestantismo ha conseguido su objeto, puramente negativo; pero el cumplimiento de la parte positiva, la inauguracion de la edad de oro en la tierra, está reservado al sansimonismo, que es el Evangelio eterno. La revelacion hecha por Saint-Simon abraza á la vez, segun dicen sus discípulos, el espíritu y el cuerpo, une á Dios y al mundo, presenta juntas las verdades del espiritualismo católico y las del materialismo filosófico; engendra, en fin, esa felicidad y esa fraternidad eternas que el Cristianismo habia prometido sin llegar nunca á realizarlas. En adelante todos tienen iguales derechos á la propiedad, que no perte-

nece más que á Dios, que la da en feudo á la humanidad; quedan abolidas todas las leyes de sucesion, y con el tiempo habrá comunidad de bienes.

Ninguna familia debe dedicarse exclusivamente al cultivo de la tierra ó á las funciones inferiores de la sociedad. Cada uno es retribuido segun sus propias facultades, y la sociedad entera se coloca bajo la direccion de los ministros de Dios. La jerarquía se compone de sacerdotes, teólogos y diáconos.

Bajo el punto de vista religioso, la forma de gobierno sansimoniano es teocrática; bajo el de la unidad, es monárquica; en razon de los talentos, virtudes y méritos de los jefes, es aristocrática; pero atendido su objeto, que es el bienestar de la mayoría, es democrática.

Entre los predicadores más fogosos y elocuentes de la secta se distinguian Olindo Rodriguez y Chavelier. Numerosas predicaciones, frecuentes misiones y folletos renovados sin cesar, contribuian á la propagacion de la sociedad sansimoniana, que permaneció unida hasta que uno de los jefes, el P. Enfantin, ejerciendo con perferencia su apostolado entre las mujeres, á quienes consideraba como la mas sublime manifestacion de la Divinidad, pretendió establecer la poligamia mahometana entre sus adeptos, muchos de los cuales estaban casados.

Hubo entonces principio de cisma (1831), y el P. Rodriguez denunció la doctrina de Enfantin como una desercion de los principios de Saint-Simon. Por fin, habiendo provocado los sansimonianos algunos disturbios entre los obreros de Lyon, se cerró la sala donde celebraban sus asambleas, y muchos de sus jefes fueron condenados á penas correccionales (1832).

Desde entonces no osaron presentarse ya más en público; sus palabras y obras iban acompañadas por todas partes del ridículo; muchos de ellos abandonaron la doctrina que por un momento habia excitado el entusiasmo, y solamente muy pocos permanecieron fieles á sus principios, y se trasladaron á Egipto para emplear allí una actividad que en Francia se ha-



bia paralizado. Es lamentable sin duda que talentos tan jóvenes y ya tan consumados, una elocuencia tan extraordinaria, un saber tan completo y tan viva penetracion, se hubiesen puesto al servicio de tan mala causa y con un fin tan quimérico.

Por fortuna no ha faltado la luz á los hombres de buena voluntad entre los sansimonianos mismos, los cuales han vuelto á encontrar en la Iglesia la paz y la verdad que en vano habian buscado fuera de su seno.

CAPÍTULO III